

Iglesia para dominar mejor en el mundo. Ya no hay poder espiritual, en el sentido del catolicismo, y ningún poder humano conseguirá resucitar formas muertas. Pero también hay un elemento de porvenir en la política religiosa de Napoleón. Al abolir las órdenes religiosas, la Asamblea constituyente dió el golpe de muerte al catolicismo tradicional. ¿Se quiere una prueba de ello? Miremos alrededor nuestro; vemos á los frailes que vuelven con la reacción ultramontana. Pero los aparecidos son también una quimera. La filosofía ha matado á los frailes, y la filosofía no tiene miedo de los aparecidos. Napoleón, que le gustaba llamarse protector de la religión, no pensaba en el vínculo íntimo que existe entre el monaquismo y la Iglesia: perseguía á los frailes con un verdadero encarnizamiento; sobre todo no quería oír hablar de los jesuitas. El 15 vendimiario, año XIII, escribe á Fouché: "He leído con atención el informe del prefecto de policía respecto á la ejecución del decreto del 3 mesidor, año XII, relativo á las corporaciones religiosas. Mi objeto principal ha sido el impedir á los jesuitas el establecerse en Francia. Toman toda especie de figuras. No quiero ni *corazón de Jesús* ni *cofradía del Santo Sacramento*, ni nada que se parezca á una organización de milicia religiosa, y, bajo ningún pretexto, no pienso dar un paso más, ni tener más eclesiásticos que los curas seculares. Mi intención es igualmente el no querer conventos de religiosas," (1).

El emperador escribió el mismo día á Talleyrand: "Deseo que escribáis á España para dar á conocer que vería con disgusto el restablecimiento de los jesuitas; que no lo sufriré nunca en Francia ni en la república italiana; que puedo creer, según la naturaleza de nuestras relaciones, que la España continuará firme en los mismos principios, pero que quiero tener la seguridad de ello. Escribid lo mismo á la reina de Etruria," (2). Había en aquel momento una apariencia de agitación en favor del restablecimiento de los jesuitas; Napoleón tuvo noticia de ella mientras visitaba los departamentos reunidos. Escribió de Luxemburgo á Fouché: "Advertiréis á los redactores de *El Mercurio* y del *Journal des Debats* que no quiero que ni aun se pronuncie el nombre de jesuitas, y que se evite hablar

(1) *Correspondencia de Napoleón*, t. x, p. 20.

(2) *Carta del 13 vendimiario, año XIII* (*Correspondencia de Napoleón*, t. x, p. 22).

en los periódicos de todo lo que pueda conducir á mencionar esa sociedad. Yo no permití jamás su restablecimiento en Francia; España no la quiere, é Italia tampoco," (1).

Las corporaciones religiosas fueron una de las causas de la querrela entre Napoleón y la corte de Roma. Existían aún en Italia, y el papa hacia lo imposible para mantenerlas. El emperador le significó que no quería frailes por ningún precio. "No había en tiempo de los apóstoles, no hay en Francia, la Italia no tiene necesidad de ellos... El emperador cree deber pronunciar su voluntad respecto á esto, porque los documentos que tiene en sus manos le prueban la intención que ha habido en Roma de restablecer los jesuitas, esa *secta odiosa*, á quien la Francia atribuye la muerte del mejor de sus reyes..." (2). Al proscribir los frailes, y los jesuitas ante todo, Napoleón seguía el camino del porvenir. Después de su caída, el primer acto del papado restaurado fué el de restablecer la compañía de Jesús. Eso es característico para la corte de Roma, así como para el emperador. El restablecimiento de los jesuitas es la declaración de guerra á la civilización moderna y á sus conquistas. Napoleón, que se oponía á ello con todas sus fuerzas, estaba, pues, á pesar de sus instintos de déspota, á pesar de su antipatía por los filósofos, con los sentimientos de la filosofía y de la Revolución. Este es uno de sus títulos de gloria. Un historiador alemán aplaudió las violencias que, bajo la inspiración de la Revolución y de Napoleón, destruyeron los conventos. Gervinus añade que fué un golpe más terrible para el poder de la Iglesia que el que le había dado la Reforma (3).

La Revolución no se limitó á combatir el poder de la Iglesia; hubiera querido reemplazar el cristianismo tradicional con una religión civil, una religión de este mundo, mientras que el catolicismo es una religión del otro mundo. Napoleón no cayó en las exageraciones del 93, pero el espíritu que le animaba era el mismo. Tenemos de ello un notable testimonio en una decisión que dictó respecto á la observación del domingo. Varios obispos se habían quejado del modo poco decente con que se

(1) *Carta del 17 vendimiario, año XIII* (*Correspondencia de Napoleón*, t. xiii, p. 29).

(2) Nota de CHAMPAGNY, dirigida el 21 de Septiembre de 1807 al cardenal Consalvi (SCHÖLL, *Archivos históricos y políticos*, tomo III, p. 68).

(3) GERVINUS, *Introducción á la historia del siglo XIX*.

holgaba las fiestas legales; hubieran querido que se prohibiese el trabajo, como lo manda la Iglesia. El emperador responde: "Es contrario al derecho divino el impedir al hombre que tiene necesidades el domingo, como los demás días de la semana, el que trabaje el domingo para ganar su pan... De todos modos, Dios ha dado á los hombres la obligación del trabajo, porque no ha permitido que ninguno de los frutos lo obtuviera sin labor... Es preciso distinguir, en lo que el clero prescribe, las leyes verdaderamente religiosas y las obligaciones que no se han imaginado sino en vista de extender la autoridad de los ministros del culto." Arrastrado por su asunto, el emperador llegó hasta atacar lo que hay de exterior en el catolicismo, es decir, todo el catolicismo práctico. Califica de supersticiones, no tan sólo la observación del domingo, sino también la del ayuno. "¿No es Bossuet quien decía: Comeos un buey y sed cristianos? La observancia de la vigilia el viernes y la del descanso el día del domingo no son más que reglas secundarias y muy insignificantes." ¿En qué consiste, pues, según el emperador, la esencia de la religión? "Consiste, dice, en no perjudicar al orden social, en no hacer mal á su prójimo, en no abusar de su libertad." Hémos aquí muy cerca de la religión natural predicada por los filósofos. Si los curas, continúa Napoleón, pretenden imponer esas cadenas á las conciencias, es preciso reirse de ellos: "Yo soy la autoridad, y doy á mis pueblos, y para siempre, el permiso de no interrumpir su trabajo. Cuanto más trabajen menos vicios habrá." En el catolicismo, religión monástica por excelencia, la perfección es destruir la naturaleza. No es así como el emperador comprende la religión: "Cuanto más se proporcionen los hombres con abundancia la subsistencia que les es necesaria, tanto más satisfarán las necesidades de los órganos y el deseo de la naturaleza," (1). Este llamamiento al deseo de la naturaleza es el contrapí del cristianismo ortodoxo, es la religión de los filósofos, la religión de la Constituyente y de la Convención.

§ IV.—Napoleón conquistador.

I

Lo paz es uno de los principios del 89; al renunciar la Asamblea constituyente por medio de

(1) *Correspondencia de Napoleón*, t. xiv, p. 468-472.

un decreto solemne á las conquistas, era el órgano de los sentimientos y de las ideas de la civilización moderna. Nada le es más antipático que las guerras de conquista. Esto es tan cierto, que Napoleón, el gran conquistador, se vió obligado á condenarlas. Guerreado sin cesar, hacia protestas de sus gustos y de sus proyectos pacíficos. Jamás se ha visto mayor oposición entre las palabras y los actos. Vamos á oír al emperador pronunciar él mismo su condenación, reprobando lo que hacía su pasión. ¿Puede haber mayor prueba de que él era el hombre del pasado á la vez que el hombre del porvenir? Su naturaleza le inclinaba á la guerra y su inteligencia la condenaba.

Después de su advenimiento al imperio, Napoleón se hizo elegir rey de Italia. Con este motivo hace protestas "de que no tomará jamás las armas por vanos proyectos de grandeza, ni por el incentivo de las conquistas," (1). Pasados algunos meses, la guerra contra el Austria y la Rusia estalla: no se debe, dice el emperador, imputársela, porque todo el mundo sabe que no ha cesado de desear la paz: "Conoce todo el valor de la gloria adquirida por las armas en una guerra justa y necesaria; pero hay una gloria más dulce y más querida de su corazón: su primer deseo, el objeto constante de sus esfuerzos han sido siempre la tranquilidad de la Europa, el reposo y la felicidad de los pueblos," (2). La victoria de Austerlitz destruye la coalición. Napoleón está en la cima de su poder. El ministro de los cultos, Portalis, le hace un informe en el cual propone la institución de una fiesta por el aniversario del coronamiento y de la batalla de Austerlitz. Se creería oír á un orador de la Asamblea constituyente: "Esta fiesta celebrará la memorable victoria de Austerlitz, que ha salvado al Mediodía civilizado de la Europa de la tiranía del Norte, aún bárbaro. Esos acontecimientos realizados en tan poco tiempo, una liga insensata disipada, nuevos tronos levantados, una nueva balanza de la Europa establecida, el héroe de la Francia convirtiéndose en el pacificador de la Alemania, en el restaurador de la Italia y el bienhechor de la humanidad. En una palabra, la fiesta estará

(1) Discurso del emperador, del 18 de Marzo de 1805 (*Choix de discours et de rapports*, t. xix, p. 119).

(2) Exposición de la conducta de la Francia y del Austria desde la paz de Luneville, leída al Senado por Talleyrand, ministro de negocios extranjeros (*Choix de discours et de rapports*, tomo xix, p. 139 y siguientes).

destinada á perpetuar el recuerdo del aumento de preponderancia y de fuerza que la Francia ha adquirido en el exterior *para la felicidad de la humanidad*, (1).

¡Así es que es por la *felicidad de la humanidad* por lo que Napoleón coloca á su hermano José en el trono de Nápoles! ¿Es por la *felicidad de la humanidad* por lo que, bajo el nombre de protector de la confederación del Rin, se hace dueño de la Alemania? ¿Es por la *felicidad de la humanidad* por lo que la Francia domina en la Europa? La ambición de Napoleón no entra para nada en ello. Ha *pacificado* tan bien la Alemania, que estalla una nueva guerra cuando apenas se ha firmado la paz de Presburgo. El emperador deplora la necesidad de nuevos combates. Se lee en el mensaje dirigido al Senado conservador: "Vamos á marchar contra los ejércitos prusianos y rechazar la fuerza con la fuerza. Sin embargo, debemos decirlo, *nuestro corazón se halla dolorosamente afectado de esa preponderancia constante que obtiene en Europa el genio del mal, ocupado sin cesar en frustrar los designios que formamos por la tranquilidad de Europa, el reposo y la felicidad de la generación presente*, (2). Ese genio del mal es la Inglaterra, no es Napoleón el que perturba y ensangrienta el continente: "Es la Gran Bretaña, que asedia á los gabinetes con todos los géneros de seducción y extravía á los que no ha podido corromper., Después de la batalla de Eylau, el emperador ofrece de nuevo la paz á la Inglaterra, para atestiguar "que en medio de los triunfos más señalados y más decisivos, no ha dejado de desear la paz., "Nuestra política es fija, dice; hemos ofrecido la paz á la Inglaterra antes que hubiese hecho estallar la cuarta coalición; esta misma paz se la ofrecemos todavía... Estamos dispuestos á celebrarla con la Rusia, á las mismas condiciones que había firmado su negociador, y que las intrigas y la influencia de la Inglaterra le han obligado á rechazar... Pero si tantas pruebas de moderación, tantas veces renovadas, no pueden nada contra las ilusiones que la pasión sugiere á la Inglaterra, no queda más que hacer que lamentar los males de la guerra y rechazar el oprobio y el

vituperio de ella sobre esa nación que alimenta su monopolio con la sangre del continente., (1).

Después de Tilsit, Napoleón no piensa, según dice, más que en un largo porvenir de reposo: "Tenemos, dijo á sus ministros y á los grandes cuerpos de Estado, asegurada la paz continental; en cuanto á la paz marítima, la obtendremos muy pronto, con la cooperación voluntaria ó impuesta de todas las potencias del continente. Con la alianza de la Rusia, que puedo creer sólida, concluiré con todas las resistencias. Disfrutemos de nuestra grandeza y hagámonos ahora comerciantes y manufactureros. He hecho bastante el oficio de general; voy á volver á tomar el de *primer ministro* y volver á empezar mis *grandes revistas de negocios*, que ya es tiempo de que se reemplacen á mis *grandes revistas de los ejércitos*, (2). En el momento mismo en que el emperador usaba ese lenguaje pacífico meditaba la ocupación de la España. El ministro de relaciones exteriores halló excelentes razones para justificar el atentado de Bayona: "España posee recursos marítimos que se pierden para ella y para Francia; es preciso que un buen gobierno los haga renacer, y que Vuestra Majestad los dirija contra el enemigo común, *para llegar, en fin, á esa paz que la humanidad reclama, y de la cual tiene tanta necesidad toda la Europa*, (3). ¡Singular manera de llegar á la paz la de multiplicar los obstáculos que la hacían imposible! ¿Era preparar el camino á la paz el destronar antiguas dinastías para reemplazarlas por la casa Bonaparte? ¿Fue también por amor á la paz por lo que Napoleón fué á Moscow? Sus más grandes admiradores reconocen que "el sentimiento que le arrastraba no era más que la ambición más desmesurada que haya jamás nacido en el corazón de un hijo de la fortuna., (4).

Se ha querido justificar á Napoleón, imputando todas las guerras del imperio á la celosa rivalidad de Inglaterra y al odio de las antiguas monarquías hacia la Revolución, de la cual el emperador era el brazo armado. Encontramos ya esta apología en

(1) Mensaje del emperador al Senado, del 20 de Marzo de 1807 (*Choix de discours et de rapports*, t. XIX, p. 352 y siguientes).

(2) THIBBS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXVIII (tomo II, p. 407 y siguientes).

(3) Dictamen del 24 de Abril de 1808 (*Choix de discours et de rapports*, t. XIX, p. 480 y siguientes).

(4) THIBBS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XLIII (tomo IV, p. 144).

(1) Informe del 19 de Febrero de 1806 (*Choix de discours et de rapports*, t. XIX, p. 223).

(2) Mensaje del 14 de Octubre de 1806 (*Choix de discours et de rapports*, t. XIX, p. 297).

una exposición del Tribunado, con motivo de la coalición de 1805: "V. M., dicen los tribunos, había hecho los preparativos de una expedición que debía castigar la violación del tratado de Amiens y libertar los mares. En el momento en que las alarmas de la Inglaterra anuncian sus apuros, el Austria y la Rusia se presentan completamente armadas. Esta perfidia revela el misterio de una larga inteligencia entre nuestros enemigos. *No empiezan una nueva guerra, vuelven á encender la que emprendieron hace trece años contra nuestra independencia. Bajo la fe de los tratados, no han pretendido nunca más que recoger las ventajas de una tregua falaz*, (1). Hay algo de cierto en estas palabras; la coalición de 1805 atestigua que los temores y los odios encendidos por la Revolución subsistían siempre. La coalición fué vencida; pero las pasiones que la habían provocado eran inmortales. Se dieron libre curso después de la victoria: sabidos son los excesos increíbles de la reacción de 1815. Hubo, pues, una coalición permanente, primeramente contra la república y después contra el imperio. Esas ligas continuas, procurando todos los días nuevas victorias á Napoleón, aumentaron sin cesar su ambición y concluyeron por darle proporciones desmesuradas. En 1806, el ministro de relaciones exteriores dijo en un informe dirigido al emperador: "El imperio francés ha llegado á un grado de poder y de grandeza que Vuestra Majestad no ambicionaba. Atacada Francia por todas partes con un furor sin ejemplo, y colocada en la alternativa de perecer ó de vencer, no ha combatido más que por su salvación, y, *victoriosa, no se ha servido de la victoria más que para manifestar su moderación*. No ha destruido á los que querían destruirla; había hecho inmensas conquistas, y no ha conservado más que un pequeño número de ellas; y aun hubiera conservado menos, si las ciegas pasiones que rugían á su alrededor no la hubiesen colocado en la necesidad de engrandecerse para preservarse., (2).

Esta apología sería admisible si el emperador hubiese tenido realmente la moderación en la victoria de que se jactaba. En 1805 declaraba solemnemente que los límites de la Francia no traspasa-

rían el Rin. Pasados algunos años, anexiona Holanda al imperio francés, después las ciudades anseáticas y los principados alemanes. Vencedor de Rusia, hubiera anexionado la España y hubiera concluido por anexionar todo el continente. En vano dijo Napoleón en Santa Elena "que no había vencido y conquistado más que para su propia defensa; que la Europa no cesó nunca de hacer la guerra á Francia, á sus principios y á él, el emperador; que era preciso abatir, so pena de ser abatido; que si estuvo á punto de realizar la monarquía universal, fué porque se le llevó á ello paso á paso., (1). Todo eso podía decirse en 1805; pero cuando, vencedor de Austria, de Rusia y de Prusia, hizo en Tilsit el reparto del mundo entre él y Alejandro, ¿obedecía aún á una necesidad de defensa? ¿Fué para defenderse contra España por lo que cometió la asechanza de Bayona? ¿Fué para defenderse contra la Europa coaligada por lo que arrastró tras de sí á todo el continente en la gigantesca expedición de Rusia? La Europa hubiera concluido por abdicar sus odios si la ambición del emperador no hubiera conservado siempre vivos sus temores. También se había coaligado contra Luis XIV; hizo una guerra de doce años para no dejar la España á un nieto del gran rey, y, sin embargo, terminó por reconocer á los Borbones de España. Pero con Napoleón no había paz, no había transacción posible, porque aspiraba realmente á esa monarquía del Occidente que Luis no tenía talla para soñar.

II

Napoleón tenía razón en decir en Santa Elena que la monarquía universal es una locura; pero ¿decía la verdad cuando se defendía de haber aspirado á ella? Debe desconfiarse de las apologías de Santa Elena; son ordinariamente lo contrario de la realidad. En 1814, en vísperas de su caída, el emperador dijo á los senadores encargados de armar la Francia contra la invasión: "No temo reconocerlo, he hecho demasiado la guerra. *¡Había formado inmensos proyectos, quería asegurar á la Francia el imperio del mundo!* Me equivoqué: ese proyecto no era proporcionado á la fuerza numérica de

(1) Exposición del 27 de Septiembre de 1805 (*Choix de discours et de rapports*, t. XIX, p. 162 y siguientes).

(2) Informe del 2 de Diciembre de 1806 (*Choix de discours et de rapports*, t. XIX, p. 325).

(1) LAS CASAS, *Memorial de Santa Elena*, t. II, p. 268 (edición en 12.º).